

URPIA

Rafael Doctor Roncero

*Exhibition Catalog: Levitas – Gravitass
Galería Salvador Díaz, Madrid, Spain 1999*

Sucedió no hace demasiados años. Yo estaba a punto de concluir mis investigaciones sobre la antigua culturas de los y me disponía a abandonar definitivamente la grandilocuencia de aquellos parajes de los Montes Urpios. Estaba exultante, no solo por el final de mi trabajo (profundizar en los primeros motivos decorativos aparecidos en el arte parcial) si no también por mi inminente regreso hacia mi mundo, un lugar no tan bello ni tan extremo, pero al fin y al cabo mi lugar. Los dos meses de duras excavaciones en tierra helada, la vida a 4.500 metros de altura, el blanco perenne, y la casi imposible comunicación verba con la mayoría de habitantes de Uрпиa, lejos de aburrirme o desesperarme, me habían otorgado un nuevo sentido de la plenitud antes sólo intuido pero siempre logrado por mí. Dos meses me había ablandado el tiempo y agrietado tofos los conceptos en los que residía mi mundo. A la Europa de las ciudades volvía un hombre nuevo, un joven que creía sentirse iluminado por laz nuevas y profundísimas sensaciones desarrolladas en aquella puerta del cielo. Pero lo mejor es que intente enfocar este relato autobiográfico, no sea que me despiste en la pasión de las primeras sensaciones.

Bien. Yo volvía a casa. Atrás todo y yo medio hipnotizado de exceso de emoción. El tren partía pronto y yo debería estar listo pues de perderlo debería esperar casi un mes más. Me siento en el único vagón de pasajeros y me quedo dormido un instante. Me despierto pronto y observo como una señora robusta de edad indefinida se dirige hacia mí. Me mira a los ojos y hace sentar a mi lado a un chaval de unos cinco años que yo ni había visto. Me dice algo en urpí que, aunque no llego a comprender, imagino que se refiere al chico que parecía convertirse en mi compañero de viaje. Me quedo perplejo y no soy capaz de decir nada. Ella desaparece y el chico mira fijamente el eterno paisaje blanco que hay tras la ventanilla. El tren echa a andar y según desciende se incrementa la preocupación que siento por aquel chaval que unas palabras inteligibles para mí habían convertido en mi huésped, en mi compañero y como luego supe, en mi protegido.

El trayecto iba a ser demasiado largo y yo comencé a sentir la incomodidad de no saber qué hacer, pues aunque aparentemente yo era un visitante de regreso, sabía o intuía que se me había encargado una misión inesperada. El chaval, después de más de una hora de estatua contemplativa del paisaje, me miró fijamente (aún recuerdo es mirada líquida y profunda no recibida por mí hasta ese momento) y me entregó un papel escrito en su lengua vernácula. Miré el vagón y pregunté en voz alta si alguien entendía mi lengua. Nadie respondió. Me senté y ahora fui yo quien miró con la misma intensidad posible al muchacho. Quería saber qué es lo que esperaba de mí. Un señor de unos cincuenta y tantos años se acercó hacia mí y me tocó el hombro. Yo le mostré el papel.

-Señor: mi europeo no es muy bueno, pero creo que le puedo ayudar a traducir esta carta (comenzó a leerla detenidamente):

Estimado RDR, Usted no me conoce ni tampoco a mi hijo que ahora está bajo su cautela. En estos momentos es difícil conocer a extranjeros y aún más difícil relacionarse con ellos. Si acudo a de esta extraña manera hacia usted, se debe a la imperiosa necesidad que mi familia tiene de hacer llegar al mundo que bajo estas montañas algo que creemos es desconocido por los suyos. Nuestra necesidad es puramente moral, y espero que entienda que este tipo de necesidad es la más importante para nosotros. Usted ha estado en su estancia en nuestra tierra revolviendo cosas nuestras, desenterrando incluso a nuestros más antiguos y venerados muertos. Nosotros lo hemos atendido y no hemos mostrado ningún tipo de recelo por la actividad que ha realizado aquí. ahora sí, cada uno de sus movimientos, cada uno de sus suspiros, ha estado controlado por nosotros. La familia urpia es muy amplia y cada uno de nosotros sabemos que es lo que piensan los demás que nos rodean. Hemos vivido aislados varios milenios, hemos visto desfilar a todo tipo de imperios y poderes y siempre nos han respetado, pues hemos sido el final del mundo, un lugar que no es de paso, que es siempre final. Poseernos hubiese sido más complicado que conquistarnos. En toda Uрпиa no hay tierra que arar, ni grandes metales que extraer. Nosotros no usamos ni el oro ni la plata y sin embargo, como usted sabe, hemos aportado al resto del mundo la fascinación por el arte. Usted está aquí para saber porqué aquí aparecieron con miles de años de antelación que en resto del mundo, las pinturas, las incisiones, las decoraciones y, en general, tantas cosas inicialmente inútiles. Usted no se lleva la respuesta en sus apuntes. Mi hijo está a su lado para ayudarle en su respuesta. No le puedo decir nada más, sólo que espere y observe y por favor arroje todos los papeles que ha escrito al fuego más cercano".

El anciano traductor dejó de hablarme en europeo y empezó a explicarme en urpi algo que no comprendí. Yo le rogué que volviese a hablarme en europeo, que no entendía nada, que estaba asustado y que necesitaba su ayuda.

Él regresó a su asiento. Aquello empezaba a rozar la sensación de una propia pesadilla. Miré hacia atrás para volver a suplicar ayuda al anciano, cuando vi que todo el vagón me observaba

directamente con la misma mirada con la que el niño me había mirado. Todos eran parte de mi familia urpi. Mi corazón latió rápido y sentí el agobio del ahogado, del perdido, del desesperado al fin y al cabo, pero no sentí miedo. Era como estar entre llamas que no queman. El tren se detuvo en mitad del trayecto de descenso y el anciano traductor descendió. Quise abandonar el vagón pero vi que no había estación y que el anciano se desplazaba solo por la nieve. El tren volvió a partir y yo volví a mi asiento. El niño me sonrió y lamió mis lágrimas. Me quedé dormido creo que más por finalizar aquel raro sueño que por descansar. Desperté a los pocos minutos y me encontré totalmente desnudo y sin equipaje. Ellos seguían ahí con su misma mirada.

Curiosamente, aunque sólo había nieve a mi alrededor y el vagón no tenía calefacción alguna, no tenía frío ni sentía ningún tipo de vergüenza. Me encontraba totalmente relajado y dispuesto a llegar hasta el final de este viaje tan extraño. El tren volvió a detenerse y esta vez bajaron todos, inclusive el niño. Los casi treinta pasajeros me miraron desde fuera y yo fui hacia ellos sin temor alguno. Con mis pies descalzos pisé la nieve y la sentí como si fuese lana. Almorzamos juntos una especie de pan de piñones y uno por uno antes de subir de nuevo al tren hizo uso a su antojo de mi cuerpo. Alguno me acarició, otros me mordieron, otros me besaron, cortaron mi pelo, me marcaron con un cuchillo en el ombligo, me penetraron algunos y a otros los penetré yo. Al final el niño, que siempre había estado junto a mí, me hizo recoger todos los restos de pelos, uñas, sangre y seme que había sobre la nieve y me obligó a ponerlos sobre la piel de un armiño que hasta ahora le había servido de bufanda. Al subir al vagón supe que había muerto, quizás supe que siempre había estado muerto y que todo aquello presagiaba un nacimiento inminente.